



Leer es mi cuento 19

Cuentos de *Las mil y una noches*



Este libro es gratuito, prohibida su reproducción y venta.



Leer es mi cuento 19

Cuentos de *Las mil y una noches*



**MINISTERIO DE CULTURA DE
COLOMBIA**

Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

**MINISTERIO DE EDUCACIÓN
NACIONAL**

Yaneth Giha
Ministra de Educación

EDITOR

Iván Hernández

COORDINADORA EDITORIAL

Laura Pérez

ILUSTRADOR

Diego Sánchez

TRADUCTOR

Pedro Lama

COMITÉ EDITORIAL

Consuelo Gaitán
Iván Hernández
Jorge Orlando Melo
Moisés Melo

Primera edición, 2016

**Material de distribución
gratuita.**

*Los derechos de esta edición,
incluyendo las ilustraciones,
corresponden al Ministerio de
Cultura; el permiso para su
reproducción física o digital se
otorgará únicamente en los casos
en que no haya ánimo de lucro.
Agradecemos solicitar el permiso
escribiendo a:
literaturaylibro@mincultura.gov.co*



El hombre que soñó

5



El tercer viaje de
Simbad el Marino

8



Historia del
caballo encantado

24



Historia de Abdalá,
el mendigo ciego

38



El hombre que soñó

Se cuenta también que un hombre de Bagdad era poseedor de abundantes riquezas, pero estas se acabaron y su condición cambió. Quedó en la más absoluta miseria, y solo podía ganarse el sustento haciendo trabajos arduos. Una noche en que se quedó dormido, exhausto y agobiado, vio en su sueño a una persona que le dijo: “Tu fortuna está en El Cairo: ve allí a buscarla”. De modo que emprendió el viaje a esa ciudad. Al llegar allí, lo sorprendió la noche y durmió en una mezquita. Ahora bien, junto a esta mezquita había una casa; y tal como decretó Dios (cuyo nombre sea exaltado), una pandilla de ladrones entró en la mezquita y de allí pasó a la casa. Las personas que en ella residían se despertaron con el alboroto causado por los ladrones y empezaron a lanzar gritos. Ante esto, el imán (Jefe de la Aldea) acudió en su ayuda seguido de sus adeptos, y los ladrones huyeron. Poco después, el imán entró a la mezquita y encontró al hombre de Bagdad que allí dormía. Entonces le echó mano y le propinó una dolorosa paliza con ramas de palma, hasta dejarlo a punto de morir, y después lo metió en la cárcel. Tres días estuvo en prisión.

Transcurrido este tiempo, el imán lo mandó a llamar y le preguntó:

–¿De dónde eres?

Él respondió:

–De Bagdad.

–¿Y qué asunto te trajo a El Cairo?

–le preguntó el imán.

Él respondió:

–Vi en un sueño a una persona que me dijo:

“Tu fortuna está en El Cairo: ve allí a buscarla”. Y cuando llegué a esta ciudad, encontré que la fortuna de la que ese hombre me habló eran los golpes que tú me diste con la rama.

Al oír esto, el imán soltó tal carcajada que dejó ver sus muelas, y le replicó:

–Ay, hombre insensato, tres veces vi en mis sueños a una persona que me decía: “Hay una casa en Bagdad, en tal barrio y con tales características, que tiene en su patio un jardín, en cuyo fondo hay una fuente en la que se esconde una gran fortuna: ve allí y tómala”. Yo no fui. Pero tú, con tu poco sentido común, has viajado de ciudad en ciudad por una cosa que solo has visto en tus sueños, cuando esto solo era efecto de oscuras fantasías.

Luego, le dio un poco de dinero y le dijo:

–Toma esto para que puedas volver a tu ciudad.

Él recibió el dinero y volvió a Bagdad.

Pues bien, la casa de Bagdad que el imán describió era la de aquel hombre. Por ello, cuando llegó a su morada, excavó bajo la fuente y encontró abundantes riquezas. De esta manera Dios lo ayudó y lo hizo rico. Fue esta una maravillosa coincidencia.





8 Durante mil y una noches Sherezada le cuenta historias a su esposo, el sultán, con el fin de salvarse de la muerte.

El sultán, hombre despótico, mataba a todas sus esposas después de la noche de bodas como una forma de venganza por la traición de su primera mujer. Sherezada decide casarse con él, y la primera noche le relata una historia maravillosa, que cautiva al sultán y logra posponer su muerte. Noche tras noche, ella reanuda sus narraciones llenas de aventuras y episodios fantásticos que mantienen en vilo al monarca.

Finalmente, gracias a estos cuentos, Sherezada obtiene el perdón de su señor, transformado a lo largo de las narraciones en un hombre bondadoso.

•••

El tercer viaje de Simbad el Marino

–Han de saber que mi historia es extraordinaria, y les contaré todo lo que me sucedió y todo lo que sufrí antes de llegar a este estado de prosperidad y de convertirme en el señor de este lugar en el que me ven. Solo alcancé esta alta posición después de penosos trabajos e infinidad de peligros. ¡Cuántos afanes y problemas he tenido que padecer en otros tiempos! He hecho siete viajes, cada uno de los cuales constituye un cuento maravilloso que confunde a la razón, y todo esto aconteció por la fatalidad de la fortuna y el destino. Pues de lo que en el destino escrito está, no hay amparo ni escapatoria. Sepan, entonces, nobles señores –prosiguió él– que estoy a punto de relatar...

–Como les conté ayer, regresé de mi segundo viaje¹ muy contento de haberme salvado y con una riqueza mucho más grande. Alá me compensó por todo lo que había derrochado y perdido. Me quedé viviendo un tiempo en la ciudad de Bagdad, saboreando al máximo el descanso, la prosperidad, la comodidad y la felicidad; hasta que del hombre carnal volvió a apoderarse el deseo del viaje, la diversión y la aventura, y anhelaba el comercio, el lucro y las ganancias.

.....

1 En su segundo viaje, Simbad, abandonado accidentalmente por su buque, se encuentra en una isla desierta sin alimentos, donde halla un extraño objeto blanco y redondo que resulta ser un huevo de una gigantesca ave de rapiña; cuando el ave regresa, Simbad se amarra a una de sus patas mientras esta duerme y luego se va volando con ella. El ave lo deja encallado en un inaccesible valle de serpientes gigantes y de aves de rapiña. El valle está alfombrado con diamantes; los comerciantes cosechan estos lanzando enormes trozos de carne que las aves llevan a sus nidos, adonde los hombres llegan para recoger los diamantes pegados a la carne. El astuto Simbad se ata uno de los trozos de carne a su espalda, de modo que el ave lo lleva al nido, donde llena un gran saco de piedras preciosas. Rescatado del nido por los comerciantes, Simbad regresa a Bagdad con una gran fortuna en diamantes...



El corazón humano es propenso al mal por naturaleza. Tras decidirme, compré gran cantidad de artículos adecuados para hacer un viaje por mar y me dirigí a Basora. Una vez allí, bajé a la orilla del mar y encontré un buen barco listo para navegar, con una tripulación completa y un grupo numeroso de comerciantes, todos hombres de valía y provecho; hombres de fe, devotos y respetables. Me embarqué con ellos y zarpamos con la bendición de Alá Todopoderoso, y con su ayuda y favor para llegar al final de nuestro viaje a salvo y prósperos. Desde ese instante nos congratulamos unos a otros por nuestra buena fortuna y buen viaje. Fuimos de mar en mar, de isla en isla y de ciudad en ciudad con gran alegría y satisfacción. Compramos y vendimos en todos los lugares donde tocamos tierra, y también encontramos solaz y placer. Hasta que un día, en que navegábamos por el gallardo mar, hinchado con olas que chocaban entre sí, vimos que el capitán (que estaba en la borda examinando el océano en todas las direcciones) soltó un gran grito, se golpeó el rostro, se mesó la barba, se rasgó las vestiduras y ordenó arriar las velas y echar el ancla. Entonces le preguntamos:

—¿Qué pasa, capitán?

—Deben saber, compañeros (y Alá los proteja), que quedamos a merced del viento y que este, desviándonos de nuestra ruta, nos condujo en medio del océano. Y para nuestra mala suerte, el destino nos trajo a la Montaña del Zughb, pueblo de criaturas peludas similares a los simios. Nadie que haya llegado aquí ha podido salir con vida. Mi corazón presagia que todos moriremos.

El capitán había apenas terminado de hablar, cuando los simios se acercaron a nosotros. Rodearon el barco por todos lados, arremolinándose en torno a él como langostas y agolpándose en la playa. Eran las más aterradoras de las criaturas salvajes. Estaban cubiertas de pelo negro como el fieltro, tenían un aspecto asqueroso y pequeña estatura (apenas un metro), los ojos amarillos y la cara negra. Nadie conocía su lengua ni sabía qué eran, y rehuían la compañía de los hombres. Nosotros temíamos matarlos, herirlos o ahuyentarlos debido a su inconcebible número. Temíamos que si le hacíamos daño a uno de ellos, el resto se abalanzaría sobre nosotros y nos mataría, pues el número prima sobre el valor. De modo que los dejamos hacer su voluntad, aunque temíamos que saquearan nuestras pertenencias y mercancías. Treparon por los cables y los cortaron con los dientes, y lo mismo hicieron con todas las jarcias del barco, de modo que este se dejara llevar por el viento hasta encallar en la montañosa costa.

Luego, nos prendieron a todos, tanto a los comerciantes como a la tripulación, y tras hacernos desembarcar, se llevaron el barco y su carga y se fueron, no sabemos adónde. Nos quedamos entonces en la isla, comiendo sus frutos y verduras y bebiendo en sus arroyos. Un día, divisamos una casa en el centro de la misma, que parecía estar habitada. De modo que nos dirigimos hacia ella tan rápido como nuestros pies nos lo permitían y nos encontramos con que era un castillo alto y sólido, rodeado de elevadas murallas, y que tenía una puerta de madera de ébano de dos hojas, las cuales estaban abiertas. Al entrar, encontramos un espacio amplio y vacío como una gran plaza, alrededor del cual había muchas puertas altas y abiertas. En el otro extremo había un banco largo de piedra y braseros, con utensilios de cocina colgando sobre ellos y montones de huesos en derredor. Pero no vimos a nadie, y esto nos dejó extraordinariamente asombrados. Acto seguido, nos sentamos un momento en el patio y al rato nos quedamos dormidos. Dormimos desde la mañana hasta el atardecer, cuando de repente la tierra empezó a temblar bajo nuestros pies y el aire a retumbar de un modo terrible. Entonces se dirigió hacia nosotros, bajando de la parte más alta del castillo, una enorme criatura con figura humana, negro de color, alto y grueso como una palmera de dátiles, con ojos como carbones encendidos y dientes como colmillos de jabalí, y la boca grande y abierta como el brocal de un pozo. Además, sus largos labios le colgaban flácidos sobre el pecho semejantes a los de un camello, sus orejas eran como dos barcazas cayendo sobre sus hombros y las uñas de sus manos eran como las garras de un león. Cuando vimos a este espantoso gigante, estuvimos a punto de desmayarnos, y cada instante que pasaba hacía que aumentara nuestro miedo y terror. Quedamos como muertos por el exceso de pavor y susto...

Y Sherezada se dio cuenta entonces de que iba a amanecer e interrumpió su autorizado relato.

Cuando llegó la noche quinientos cuarenta y siete,

Ella dijo:


–He llegado a saber, oh rey afortunado, que Simbad el Marino prosiguió de esta manera:

–Cuando vimos a este espantoso gigante quedamos pasmados por el exceso de terror y espanto. Se acercó al banco dando fuertes pisotones sobre la tierra, y se sentó un rato en él. Luego se levantó, se acercó a nosotros y me cogió por el brazo, separándome de mis compañeros los comerciantes.

Me levantó en una de sus manos, me dio vueltas y me palpó como un carnicero lo haría con una oveja que está a punto de sacrificar, y como si yo no fuera más que un bocado en sus manos; pero al encontrarme delgado y sin carnes debido a las tensiones del trabajo, a los problemas y al cansancio, me soltó y cogió a otro. A este también le dio vueltas, lo palpó y lo dejó ir. Siguió palpando y dando vueltas a todos los demás, uno tras otro, hasta que llegó al capitán del barco. Era un hombre robusto, gordo, ancho de espaldas y lleno de vigor. El gigante lo encontró a su gusto, por lo que lo agarró como un carnicero cogería a un animal y lo arrojó contra el suelo, puso un pie sobre su cuello y se lo rompió. Después de esto, trajo un largo asador y se lo introdujo por el trasero hasta hacerlo salir por la coronilla de la cabeza. Acto seguido, encendió un gran fuego, puso sobre él el asador con el Capitán, y le dio vueltas sobre las brasas hasta que la carne quedó asada. Entonces sacó el asador del fuego y lo puso ante sí como si fuera un kebab. Luego despedazó el cuerpo, miembro por miembro, como si se tratara de un pollo y, desgarrando la carne con las uñas, se puso a comerla y a chupar los huesos, hasta no dejar más que unos cuantos, que arrojó contra un costado de la muralla. Hecho esto, se sentó un rato. Poco después, se acostó en el banco de piedra y se quedó dormido, resoplando y roncando como un cordero o una vaca que gime con el pescuezo cortado. Solo se despertó a la mañana siguiente, y entonces se levantó, se puso en marcha y se alejó de allí. Cuando estuvimos seguros de que se había ido, empezamos a hablar entre nosotros, llorando y lamentándonos del riesgo que habíamos corrido. Y dijimos:

–¡Habría sido mejor que nos hubiéramos ahogado en el mar o que los simios nos hubieran comido! Eso habría sido mejor que ser asados en las brasas. ¡Por Alá que esta es una muerte infame y repugnante! Pero lo que Alá disponga ha de suceder. ¡Solo Él, el Glorioso, el Grande, tiene la majestad y el poder! Seguramente pereceremos de manera miserable y nadie sabrá de nosotros, pues no hay forma de que podamos escapar de este lugar.

Luego nos levantamos y deambulamos por la isla, con la esperanza de encontrar por casualidad un lugar donde escondernos o una manera de escapar. De hecho, la muerte era cosa de poca importancia para nosotros, siempre y cuando no nos asaran en el fuego y nos comieran. Sin embargo, no pudimos encontrar ningún escondrijo, y la noche nos alcanzó. Así es que, debido a nuestro excesivo terror, regresamos al castillo y allí nos sentamos un rato. Poco después, la tierra tembló bajo nuestros pies, y el ogro negro se acercó a

A large, brown, hairy hand reaches down from the top of the page, holding a man by his neck. The man is wearing a yellow shirt and a grey loincloth. Below him, a fire with orange and yellow flames is visible. The background is a light, textured surface.

nosotros y empezó a darnos vueltas y a palparnos uno tras otro, hasta que encontró a un hombre que era de su gusto. Lo cogió y lo preparó de la misma manera que al capitán: lo mató, lo asó y se lo comió. Después de hacer esto, se acostó en el banco y durmió toda la noche, resoplando y roncando como una bestia con el pescuezo cortado. Al amanecer, se levantó y salió como lo había hecho el día anterior. Entonces nos reunimos y nos pusimos a hablar:

–¡Por Alá que habría sido mejor tirarnos al mar y ahogarnos que morir asados, pues esta es una muerte abominable!

Otro dijo:

–¡Escuchen mis palabras! Debemos buscar la manera de matarlo y de librar a los musulmanes de su barbarie y tiranía.

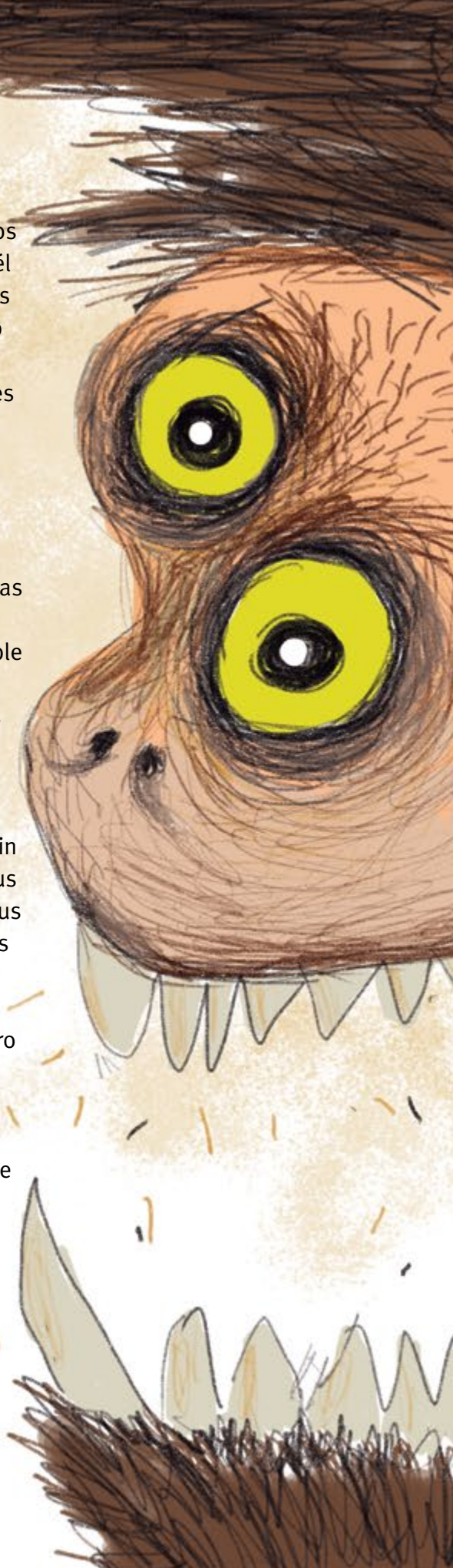
Entonces yo dije:

–Escúchenme, compañeros. Si no tenemos más remedio que matarlo, llevemos un poco de esta leña y estos tablones a la playa y hagamos un bote en el que, si logramos darle muerte, podamos embarcarnos y dejar que las aguas nos lleven donde Alá quiera, o quedarnos allí hasta que pase un barco que nos recoja. Si no logramos matarlo, nos subiremos al bote y nos haremos a la mar. Si nos ahogamos, al menos nos libramos de ser asados en un fuego de cocina con el cuello partido. De tal modo, si tenemos éxito, escaparemos, y si nos ahogamos moriremos como mártires.

–¡Por Alá! –exclamaron todos–.

Es un buen consejo.

Todos estuvimos de acuerdo con este plan y nos dispusimos a llevarlo a cabo. Así que llevamos a la playa los pedazos de madera que se encontraban junto al banco. Después de hacer el bote, lo amarramos a la playa, guardamos dentro algunos víveres y regresamos al castillo. Tan pronto como cayó la noche, la tierra empezó a temblar bajo nuestros pies y la negra criatura

A close-up illustration of a large, hairy creature's face. It has two large, yellow eyes with black pupils and a wide, toothy grin showing sharp teeth. The creature's skin is brown and textured with many small hairs. The background is a light, textured surface.

entró y se abalanzó sobre nosotros, gruñendo como un perro a punto de morder. Empezó a palparnos y a darnos vueltas. Enseguida, cogió a uno de nosotros, hizo con él lo mismo que había hecho antes y se lo comió. Después de lo cual se acostó en el banco y roncó y resopló como el trueno. Tan pronto como estuvimos seguros de que estaba dormido, nos levantamos, cogimos dos asadores de hierro de los que allí había y los calentamos en el feroz fuego hasta que estuvieron al rojo vivo, como carbones ardientes. Acto seguido, los tomamos con fuerza, nos acercamos al gigante, que roncaba tendido sobre el banco, se los clavamos en los ojos y ejercimos presión sobre ellos, todos nosotros, con nuestras fuerzas unidas, hasta que sus globos oculares reventaron y quedó totalmente ciego. Enseguida lanzó un grito terrible que hizo estremecer nuestros corazones. Se levantó del banco de un salto y, vacilante, empezó a buscarnos a tientas. Huimos de él en todas las direcciones y aunque él no podía vernos, pues había perdido la vista por completo, nosotros le teníamos mucho miedo y estábamos seguros de que éramos hombres muertos sin esperanza de escapar. Poco después, tanteando con sus manos, encontró la puerta y salió rugiendo con todas sus fuerzas. Y he aquí que la tierra se sacudió bajo nosotros con el sonido de sus rugidos, y nosotros temblábamos de miedo. Cuando abandonó el castillo, lo seguimos y nos dirigimos al lugar donde habíamos atracado nuestro bote, diciéndonos unos a otros:

–Si ese maldito permanece ausente hasta la puesta del sol y no regresa al castillo, sabremos que está muerto. Y si regresa, nos embarcaremos en el bote y remaremos hasta escapar, encomendándole nuestro caso a Alá.

Pero he aquí que mientras hablábamos llegó la criatura negra acompañada de otras dos. Eran como Guls, más asquerosos y espantosos que él, y con ojos como brasas ardientes.

Cuando los vimos, nos apresuramos a subir al bote, y tras soltar amarras, nos alejamos de allí remando y nos adentramos en el mar. Cuando los ogros nos vieron, nos lanzaron un grito, corrieron hacia la orilla del mar y empezaron a arrojarnos rocas. Unas cayeron entre nosotros y otras en el mar. Remamos con todas nuestras fuerzas hasta que estuvimos fuera de su alcance, pero la mayor parte de los nuestros murió por el lanzamiento de rocas. Luego, los vientos y las olas jugaron con nosotros y nos llevaron hasta el medio del gallardo mar, hinchado con olas que chocaban entre sí. No sabíamos adónde íbamos y mis compañeros murieron uno tras otro. Solo quedamos tres: otros dos y yo... Y Sherezada se dio cuenta entonces de que iba a amanecer e interrumpió su autorizado relato.

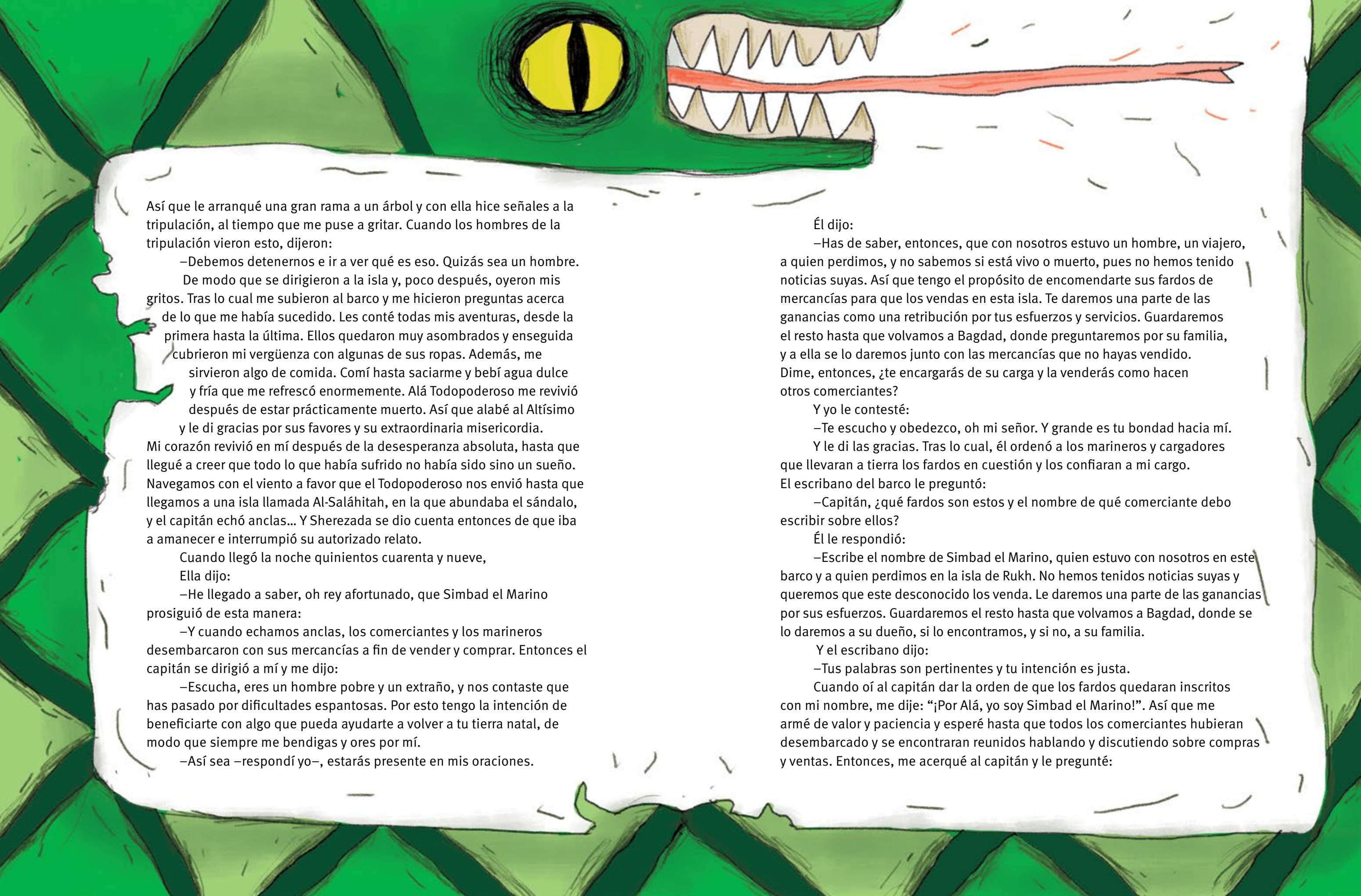
Cuando llegó la noche quinientos cuarenta y ocho,
Ella dijo:

–He llegado a saber, oh rey afortunado, que Simbad el Marino prosiguió de esta manera:

–La mayor parte de los nuestros murió por el lanzamiento de rocas y solo quedamos tres a bordo del barco, ya que tan pronto como uno moría, lo arrojábamos al mar. Estábamos extenuados por la tensión provocada por el hambre, pero nos armamos de valor, nos animamos unos a otros e hicimos un gran esfuerzo por salvar nuestras vidas, remando con todas nuestras fuerzas hasta que los vientos nos arrojaron a una isla cuando ya estábamos muertos de cansancio, miedo y hambre. Desembarcamos y caminamos por la isla un rato, y encontramos que allí había abundantes árboles, arroyos y aves. Comimos los frutos de la isla y celebramos por haber logrado escapar del negro y por habernos librado de los peligros del mar. Así lo hicimos hasta el anochecer, cuando nos acostamos y nos quedamos dormidos por exceso de cansancio. Pero apenas habíamos cerrado los ojos cuando nos despertó un sonido sibilante como el del susurro del viento. Al abrir los ojos vimos una serpiente semejante a un dragón, algo rara vez visto por hombre alguno. Una serpiente de monstruosa naturaleza y un vientre de enorme tamaño que había formado un círculo alrededor de nosotros. Un instante después, alzó la cabeza, atrapó entre sus fauces a uno de mis compañeros y se lo tragó hasta los hombros. Luego engulló el resto y oímos sus costillas crujir en su vientre. Al rato se marchó, y nosotros quedamos embargados por un profundo asombro y dolor por la muerte de nuestro compañero, y por un temor mortal de nuestra suerte. Dijimos:

–Por Alá que esto es algo prodigioso. Cada tipo de muerte que nos amenaza es más terrible que el anterior. Estábamos celebrando por haber escapado del ogro negro y habernos librado de los peligros del mar, pero ahora hemos caído en algo peor. ¡Solo Alá tiene el poder y la majestad! Por el Todopoderoso hemos escapado de la criatura negra y de morir ahogados, ¿pero cómo escaparemos de este monstruo abominable y viperino?

Luego, fuimos a caminar por la isla, comiendo sus frutos y bebiendo agua en sus arroyos hasta el atardecer. Entonces trepamos a un árbol alto para dormir allí. Yo subí a la rama más alta. Tan pronto como la noche oscura se instaló, llegó la serpiente mirando a derecha e izquierda. Acto seguido, se dirigió al árbol en el que estábamos, subió hasta donde se encontraba mi compañero y se lo tragó hasta los hombros. Luego se enroscó alrededor del árbol con él en sus fauces; mientras yo, que no podía apartar la mirada de aquella escena, oía crujir los huesos de mi amigo en su vientre. Se lo tragó por completo y, deslizándose, descendió del árbol. Cuando llegó la mañana y la luz me mostró que la serpiente se había ido, bajé a tierra. Estaba como muerto por la tensión del miedo y la angustia, y pensé en arrojarme al mar y descansar de las aflicciones del mundo. Pero no tuve el valor para hacerlo, pues en verdad la vida es preciosa. De manera que tomé cinco trozos de madera, anchos y largos, y até uno de ellos transversalmente a las plantas de mis pies, y otros de la misma manera a ambos costados de mi cuerpo y sobre mi pecho. El más amplio y grande lo até a lo ancho de mi cabeza. Luego, me acosté de espaldas en el suelo, de modo que quedé completamente cercado por los trozos de madera, que me rodeaban como un féretro. Tan pronto como oscureció, llegó la serpiente, como de costumbre, y se dirigió hacia mí. Sin embargo, la madera que me cercaba le impidió acercar sus fauces a mí para tragarme. Entonces empezó a serpentear de un lado a otro de mi cuerpo mientras yo la observaba. Parecía estar muerto debido al terror que se adueñó de mí. De vez en cuando se alejaba, pero enseguida volvía. Sin embargo, cada vez que intentaba alcanzarme con sus fauces, los trozos de madera que até a todo mi cuerpo se lo impedían. No dejó de acosarme de esta manera desde el anochecer hasta el amanecer; pero cuando la luz del día resplandeció sobre la bestia, se alejó con gran furia y extrema decepción. Entonces saqué la mano y me liberé de las tablas, casi a punto de morar entre los muertos a causa del miedo y el sufrimiento. Bajé a la playa de la isla, desde donde de repente vi un barco a lo lejos en medio de las olas.



Así que le arranqué una gran rama a un árbol y con ella hice señales a la tripulación, al tiempo que me puse a gritar. Cuando los hombres de la tripulación vieron esto, dijeron:

–Debemos detenernos e ir a ver qué es eso. Quizás sea un hombre. De modo que se dirigieron a la isla y, poco después, oyeron mis gritos. Tras lo cual me subieron al barco y me hicieron preguntas acerca de lo que me había sucedido. Les conté todas mis aventuras, desde la primera hasta la última. Ellos quedaron muy asombrados y enseguida cubrieron mi vergüenza con algunas de sus ropas. Además, me sirvieron algo de comida. Comí hasta saciarme y bebí agua dulce y fría que me refrescó enormemente. Alá Todopoderoso me revivió después de estar prácticamente muerto. Así que alabé al Altísimo y le di gracias por sus favores y su extraordinaria misericordia.

Mi corazón revivió en mí después de la desesperanza absoluta, hasta que llegué a creer que todo lo que había sufrido no había sido sino un sueño. Navegamos con el viento a favor que el Todopoderoso nos envió hasta que llegamos a una isla llamada Al-Saláhitah, en la que abundaba el sándalo, y el capitán echó anclas... Y Sherezada se dio cuenta entonces de que iba a amanecer e interrumpió su autorizado relato.

Cuando llegó la noche quinientos cuarenta y nueve,
Ella dijo:

–He llegado a saber, oh rey afortunado, que Simbad el Marino prosiguió de esta manera:

–Y cuando echamos anclas, los comerciantes y los marineros desembarcaron con sus mercancías a fin de vender y comprar. Entonces el capitán se dirigió a mí y me dijo:

–Escucha, eres un hombre pobre y un extraño, y nos contaste que has pasado por dificultades espantosas. Por esto tengo la intención de beneficiarte con algo que pueda ayudarte a volver a tu tierra natal, de modo que siempre me bendigas y ores por mí.

–Así sea –respondí yo–, estarás presente en mis oraciones.

Él dijo:

–Has de saber, entonces, que con nosotros estuvo un hombre, un viajero, a quien perdimos, y no sabemos si está vivo o muerto, pues no hemos tenido noticias tuyas. Así que tengo el propósito de encomendarte tus fardos de mercancías para que los vendas en esta isla. Te daremos una parte de las ganancias como una retribución por tus esfuerzos y servicios. Guardaremos el resto hasta que volvamos a Bagdad, donde preguntaremos por su familia, y a ella se lo daremos junto con las mercancías que no hayas vendido. Dime, entonces, ¿te encargarás de su carga y la venderás como hacen otros comerciantes?

Y yo le contesté:

–Te escucho y obedezco, oh mi señor. Y grande es tu bondad hacia mí.

Y le di las gracias. Tras lo cual, él ordenó a los marineros y cargadores que llevaran a tierra los fardos en cuestión y los confiaran a mi cargo.

El escribano del barco le preguntó:

–Capitán, ¿qué fardos son estos y el nombre de qué comerciante debo escribir sobre ellos?

Él le respondió:

–Escribe el nombre de Simbad el Marino, quien estuvo con nosotros en este barco y a quien perdimos en la isla de Rukh. No hemos tenido noticias tuyas y queremos que este desconocido los venda. Le daremos una parte de las ganancias por sus esfuerzos. Guardaremos el resto hasta que volvamos a Bagdad, donde se lo daremos a su dueño, si lo encontramos, y si no, a su familia.

Y el escribano dijo:

–Tus palabras son pertinentes y tu intención es justa.

Cuando oí al capitán dar la orden de que los fardos quedaran inscritos con mi nombre, me dije: “¡Por Alá, yo soy Simbad el Marino!”. Así que me armé de valor y paciencia y esperé hasta que todos los comerciantes hubieran desembarcado y se encontraran reunidos hablando y discutiendo sobre compras y ventas. Entonces, me acerqué al capitán y le pregunté:

–Señor mío, ¿sabes qué clase de hombre era ese tal Simbad cuya mercancía me has entregado para vender?

Él me respondió:

–No sé nada de él, salvo que era un hombre de la ciudad de Bagdad, Simbad, a quien llamaban el Marino. Se ahogó con muchos otros cuando anclamos en esa isla, y desde entonces no he vuelto a tener noticias tuyas.

Tras oír estas palabras, solté un fuerte grito y dije:

–¡Oh capitán, que Alá te guarde! Has de saber que yo soy Simbad el Marino y que no me ahogué. Cuando echaste anclas en la isla, desembarqué con los demás comerciantes y la tripulación. Me senté solo en un lugar agradable, comí un poco de la comida que llevaba conmigo y disfruté de aquel momento hasta que me dio sueño y dormí plácidamente. Cuando desperté, no vi el barco ni a nadie cerca de mí. Estas mercancías son las mías y estos son mis fardos. Todos los comerciantes que van a buscar joyas al Valle de los Diamantes me vieron allí y darán testimonio de que yo soy el propio Simbad el Marino. Yo les conté todo lo que me sucedió, les dije que me olvidaste y me dejaste durmiendo en aquella isla y todo lo que me aconteció.

Cuando los pasajeros y la tripulación escucharon mis palabras se reunieron a mi alrededor. Algunos me creyeron y otros no. Pero he aquí que uno de los comerciantes, al oírme mencionar el Valle de los Diamantes, se acercó a mí y les dijo:

–Escuchen lo que tengo que decir, gente buena; cuando les relaté lo más maravilloso de mis viajes y les dije que, en el momento en que arrojábamos nuestros animales sacrificados al Valle de las Serpientes (yo también lo estaba haciendo, como era mi costumbre), vi que en el mío había un hombre atado, ustedes no me creyeron y dijeron que mentía.

–Sí –dijeron ellos–, nos contaste esa historia, pero no teníamos por qué dar crédito a tus palabras.

Él prosiguió:

–Pues bien, este es ese hombre. Me recompensó con diamantes de gran valor y elevado precio. No podrían encontrarse otros iguales. Me dio mucho más de lo que habría llevado mi cuarto de carne. Yo lo acompañé hasta la ciudad de Basora, donde se despidió de nosotros y se dirigió a su tierra natal. Nosotros regresamos a nuestra tierra. Este es él. Nos dijo su nombre, Simbad el Marino, y nos contó cómo el barco lo dejó en la isla desierta. Sepan que Alá lo ha enviado

aquí para que la verdad de mi historia les sea manifestada. Estas son sus mercancías, pues nos habló de ellas cuando se reunió con nosotros, y la verdad de sus palabras es evidente.

Tras oír al comerciante, el capitán se acercó a mí y me miró fijamente por un momento. Luego, me preguntó:

–¿Qué marca tienen tus fardos?

–Tal y tal –respondí yo.

Tras lo cual, le recordé algo que pasó entre él y yo cuando me embarqué con él en Basora. Entonces se convenció de que yo realmente era Simbad el Marino, me abrazó y se alegró de que estuviera a salvo.

–¡Por Alá, oh mi señor! –dijo–. Tu caso es en verdad asombroso y tu historia maravillosa. ¡Alabado sea Alá que nos ha vuelto a reunir y que te ha devuelto tus mercancías y pertenencias!... Y Sherezada se dio cuenta entonces de que iba a amanecer e interrumpió su autorizado relato.

Cuando llegó la noche quinientos cincuenta,

Ella dijo:

–He llegado a saber, oh rey afortunado, que Simbad el Marino prosiguió de esta manera:

–¡Alabado sea Alá! –dijo el capitán–. Alabado sea Alá que te ha devuelto tus mercancías y pertenencias.

Entonces dispuse de mi mercancía lo mejor que pude y obtuve grandes beneficios de ella. Sentía gran alegría y me felicitaba por haber salvado mi vida y recuperado mis bienes. No dejamos de vender y comprar en varias islas hasta llegar a la región de Indostán, donde compramos clavo, jengibre y todo tipo de especias. De allí fuimos a la región de Sind, donde también compramos y vendimos. En esos mares de la India vi maravillas sin fin. Entre ellas, un pez con aspecto de vaca que dio crías y las amamantó como un ser humano, y con cuya piel se hacen escudos. Había también peces con apariencia de asnos y camellos, y tortugas de casi diez metros de ancho. También vi un pájaro que salía de conchas marinas, ponía sus huevos y empollaba sus polluelos en la superficie del agua. Nunca salía del mar para ir a tierra firme. Un tiempo después, volvimos a hacernos a la vela llevados por un viento suave y la bendición de Alá Todopoderoso. Después de un próspero viaje, llegamos sanos y salvos a Basora. Me quedé allí unos días y luego regresé a Bagdad,

donde de inmediato me dirigí a mi barrio y a mi casa para saludar a mi familia, conocidos y amigos. Hice en este viaje ganancias incontables e inimaginables, por lo que di limosnas y dádivas, y vestí a la viuda y al huérfano a modo de agradecimiento por mi feliz regreso. Luego me dediqué a celebrar y a divertirme con mis compañeros y allegados. Mientras comía, bebía y vestía bien, olvidé todo lo que me había sucedido y todos los peligros y penurias que pasé.

—Estas son, pues, las cosas más admirables que vi en mi tercer viaje...





Historia del caballo encantado

24

El día del festival de Nooroze, el primer día del año y de la primavera, el Sultán de Shiraz terminaba su audiencia pública cuando un Hindú apareció al pie del trono con un caballo artificial tan hermosamente modelado que a primera vista parecía un animal de verdad.

El Hindú se postró ante el trono y dijo al Sultán:

–Este caballo es una maravilla: si deseo transportarme al lugar más distante de la tierra, basta con que me monte en él. Estoy dispuesto, Su Majestad, a mostrarle esta maravilla si usted me permite.

El Sultán, bastante aficionado a todo lo que fuera prodigioso, y que jamás había oído ni visto nada tan extraño, dijo al Hindú que le gustaría presenciar aquello que le había prometido.

Sin pensarlo, el Hindú puso su pie en el estribo, se montó en la silla y preguntó al Sultán a dónde deseaba que fuera.

–¿Ve usted esa montaña? –preguntó el Sultán, señalándola–. Monte su caballo, vaya allá, y tráigame una rama de la palma que crece al pie de la colina.

No bien el Sultán terminó de hablar, el Hindú hizo girar una clavija que había debajo del cuello del animal, muy cerca del estribo; inmediatamente el caballo se elevó del suelo llevando a su jinete por los aires a una velocidad como la del rayo, para estupor del Sultán y de quienes lo acompañaban. En menos de un cuarto de hora lo vieron retornar con la rama de la palma en su mano. En medio de aclamaciones se apeó de su caballo y, satisfecho, se acercó al trono y la dejó a los pies del Sultán.

Asombrado ante tamaño prodigio, Su Majestad ardió en deseos de poseer el animal; fue así como dijo al Hindú:

–Si tiene el animal para la venta, se lo compro.

–Majestad –repuso el Hindú–, sólo una cosa pido a cambio de mi caballo: la mano de la Princesa, su hija.

Los cortesanos que rodeaban el trono no pudieron evitar reírse ante semejante ocurrencia. Pero el hijo mayor del Sultán, en vez de sonreír, se indignó:

–Señor –dijo a su padre–, te ruego que rechaces de inmediato propuesta tan descabellada como la que hemos oído, y que no permitas a este miserable impostor que sueñe, ni siquiera por un instante, con desposar a alguien que pertenece a nuestra casa, una de las más poderosas del mundo. Piensa en lo que eres y en tu noble sangre.

–Hijo mío –replicó el Sultán–, no concederé a este hombre lo que pide. Pero, sacando a la Princesa de este asunto, haré con él un negocio diferente. Sin embargo me gustaría que primero tú montaras el caballo y me dijeras lo que piensas de él.

Al oír esto el Hindú se apresuró a ayudar al Príncipe a montarse y a enseñarle cómo guiar al animal. Pero el Príncipe, sin aguardar las instrucciones del Hindú, dio vuelta a la clavija tal como había visto hacer al otro; y de inmediato el caballo se remontó por los aires, veloz como una flecha lanzada por un arco; y en pocos segundos ni príncipe ni caballo pudieron ser vistos. Alarmado ante lo ocurrido, el Hindú se arrodilló ante el trono y rogó al Sultán no enfadarse.

–Su Majestad –le dijo–, usted y yo hemos visto a qué velocidad partió el caballo. La sorpresa me dejó sin habla. Pero incluso, aunque hubiera tenido palabras para hablarle, se hallaría tan lejos que no me hubiera oído. Cabe todavía, sin embargo, la esperanza de que el Príncipe descubra otra clavija

25



que al ser girada hace que el animal se detenga en su ascenso, y que descienda suavemente a tierra.

Inconforme con las razones del Hindú, y horrorizado ante el peligro inminente en que se hallaba el príncipe, le dijo:

–Tu cabeza responderá por la vida de mi hijo. Te doy tres meses para que él retorne sano y salvo, o para que al menos yo sepa que está vivo.

A continuación dio orden a sus guardas para que aprehendieran al Hindú y lo llevaran preso; después de lo cual se retiró a su palacio, doliéndose de que el festival de Nooroze hubiera terminado de forma tan lamentable.

Mientras tanto el Príncipe era llevado por los aires con temeraria rapidez. En menos de una hora se había elevado tan alto que montañas y valles parecían confundirse. Sólo entonces comenzó a pensar en el retorno. Dio vuelta a la clavija, primero en un sentido y luego en otro. Pero cuando se dio cuenta de que el caballo seguía subiendo se alarmó mucho, a tiempo que se arrepentía de su locura por no haber aprendido a conducir el animal antes de montarlo. Comenzó pues a examinar la cabeza y el cuello cuidadosamente, y así descubrió, detrás de la oreja izquierda del animal, una segunda clavija más pequeña que la otra. Le dio vuelta y pronto se sintió descender en la misma forma oblicua en que había ascendido, aunque no tan rápidamente.

La noche caía cuando el Príncipe giró la pequeña clavija; mientras descendía perdió de vista los últimos rayos de sol del atardecer y pronto se hizo noche cerrada. Se vio pues obligado a dejar sueltas las riendas del animal y a esperar pacientemente a que éste escogiera un lugar para aterrizar, bien fuera el desierto, un río o el mar.

Casi a media noche el caballo se detuvo en tierra firme y el Príncipe desmontó, desmayado de hambre, pues no había comido nada desde la mañana. Se hallaba en la terraza de un magnífico palacio; caminando de aquí para allá, llegó a una escalera que conducía a una cámara, cuya puerta estaba a medio abrir.

El Príncipe se detuvo ante ella; luego, avanzó cautelosamente y, a la luz de una lámpara, descubrió un grupo de esclavos negros que dormían con las espadas desenvainadas a su lado. No cabía duda de que se trataba de la guardia de cámara de un sultán o de una princesa. Avanzando en cuclillas hizo a un

lado las cortinas, y vio una magnífica cámara que contenía muchas camas, una de las cuales sobresalía. No dudó de que eran las camas de la princesa y sus doncellas. Con cuidado levantó los velos, y desde allí contempló una joven tan extraordinariamente hermosa, que se prendó de ella con esa sola visión. Se arrodilló y la tocó con suavidad. La Princesa abrió los ojos sorprendida, y vio a un apuesto joven que se inclinaba hacia ella; sin embargo no dio muestras de sentir ningún temor. El Príncipe se puso en pie, y luego de hacerle una venia le dijo:

–Bella Princesa, a causa de una aventura extraordinaria, ves rendido a tus pies a un Príncipe, hijo del Sultán de Persia, quien te pide ayuda y protección.

En respuesta a esta solicitud, la bella Princesa respondió:

–Príncipe, no te encuentras en un país bárbaro, sino en el reino del Rajá de Bengala. Éste es su país, y yo soy su hija mayor. Te concedo, pues, la protección que me pides; debes confiar en mi palabra.

Al Príncipe de Persia le habría gustado agradecer a la Princesa, pero ella no le permitió hablar:

–Aunque estoy muy impaciente –dijo– por saber qué milagro te ha traído hasta aquí desde la capital de Persia, y mediante qué encantamientos has logrado burlar la vigilancia de quienes me guardan, estoy dispuesta a contener mi curiosidad hasta más tarde, cuando hayas descansado de tu fatiga.

Las doncellas de la Princesa se sorprendieron mucho al ver un Príncipe en su alcoba, pero no dudaron en obedecer sus órdenes, así que lo condujeron a una curiosa estancia; y mientras unas le hacían la cama, otras le servían abundante comida. Al día siguiente la Princesa se preparó para recibir al Príncipe, y le tomó más trabajo vestirse y adornarse del que le había tomado jamás. Ciñó su cuello, su cabeza y sus brazos con los más hermosos diamantes que poseía, y se vistió con los linos más preciosos de la India, de colores hermosos, fabricados únicamente para Reyes, Príncipes y Princesas. Luego de contemplarse una y otra vez al espejo, mandó decir al Príncipe de Persia que estaba dispuesta a recibirlo.

El Príncipe, que acababa de vestirse cuando recibió el mensaje de la Princesa, se apresuró a hacerse merecedor del honor que se le confería. Le habló de los prodigios del caballo encantado, de su viaje maravilloso a través del aire, y de los medios de que se había valido para entrar en su alcoba. Luego, habiéndole agradecido su amable hospitalidad, le expresó su deseo de retornar a su hogar y aliviar la angustia de su padre el Sultán. La Princesa replicó:

–No apruebo, Príncipe, que te marches tan pronto. Concédeme el favor de una visita algo más larga, de modo que puedas llevar a la corte de Persia un mejor recuerdo de lo que has visto en el reino de Bengala.

El Príncipe no podía negarse a conceder este favor a la Princesa, luego de toda la amabilidad que había demostrado. Entonces ella se ocupó en prepararle partidas de caza, conciertos y magníficas fiestas que hicieran agradable su estadía.

Por dos meses el Príncipe de Persia se abandonó al deseo de la Princesa, quien parecía creer que él no tenía nada distinto que hacer a pasar su vida con ella. Pero al cabo el Príncipe declaró que no podía quedarse por más tiempo, y le pidió licencia para retornar adonde su padre.

–Si no temiera ofenderte, Princesa, te pediría el favor de que te marcharas conmigo.

La Princesa no respondió a esta petición del Príncipe de Persia; pero su silencio y la forma en que bajó la vista le hicieron saber que ella no ponía objeción en acompañarlo.

–Mi único temor –confesó ella– es que el Príncipe no sepa conducir bien su caballo.

Pero el Príncipe muy pronto disipó sus temores al asegurarle que luego de la experiencia que había tenido, retaba al mismo Hindú a hacerlo mejor que él. Y puestos de acuerdo, se esforzaron en planear cómo abandonar secretamente el palacio, sin que nadie sospechara de sus planes.

A la mañana siguiente, poco antes del amanecer, cuando todos los siervos estaban aún dormidos, se dirigieron a la terraza del palacio. El Príncipe puso el caballo de cara a Persia, y tan pronto como la Princesa se montó y lo abrazó, dio vuelta a la clavija, con lo que el caballo se remontó por los aires con su acostumbrada velocidad; dos horas después tuvieron ante sus ojos la capital de Persia.

En vez de dirigirse al palacio, el Príncipe se enrumbo hacia un quiosco que se hallaba a poca distancia de la ciudad. Condujo a la Princesa a una bonita cámara, ordenó a sus siervos proveerla de cuanto ella necesitara, y le dijo que regresaría tan pronto informara a su padre de su llegada. Dicho esto, ordenó que le trajeran su caballo y se marchó hacia el palacio.

El Sultán recibió a su hijo con lágrimas de alegría y escuchó atentamente cuanto el Príncipe contó de sus aventuras a través del aire, la amable acogida



de que fuera objeto en el palacio de la Princesa de Bengala, y su larga estadía allí en razón al mutuo afecto que se habían profesado. Agregó que, habiendo prometido desposarla, la había persuadido de acompañarlo a Persia.

–La traje conmigo en el caballo encantado –concluyó–; la dejé en tu palacio de verano hasta tanto pueda regresar y estar seguro de tu consentimiento.

Al oír estas palabras el Sultán abrazó a su hijo por segunda vez, y le dijo:

–Hijo mío, no solamente doy mi consentimiento a tu matrimonio con la Princesa de Bengala, sino que yo mismo iré por ella y la traeré al palacio, y tu boda se celebrará hoy mismo.

El Sultán ordenó entonces que el Hindú fuera sacado de su prisión y traído ante él. Al verlo, le dijo:

–Su vida, prisionero, dependía de la del Príncipe. Alabado sea Alá, él ha regresado a salvo. Vaya, tome su caballo, y que jamás vuelva a ver su cara.


Enterado el Hindú por aquellos que lo habían traído desde la prisión de la historia de la Princesa y el Príncipe, y también de que ella había quedado en el quiosco, de inmediato comenzó a planear su venganza. Montó pues su caballo y partió en esa dirección; allí dijo al Jefe de Guardia que traía orden de conducir a la Princesa de Bengala a través del aire hasta el Sultán, quien la aguardaba en la gran plaza del palacio.

El Jefe de Guardia, al ver que el Hindú había sido liberado de la prisión, creyó la historia. Y la Princesa no dudó en hacer lo que el Príncipe, según creía, deseaba de ella.

El Hindú, feliz ante la facilidad con que su perverso plan se llevaba a cabo, montó su caballo, sentó la Princesa a la grupa, giró la clavija, e inmediatamente el caballo se elevó por los aires.

Entre tanto, el Sultán de Persia, seguido de su corte, se dirigía hacia el lugar donde la Princesa de Bengala había quedado, mientras el Príncipe se afanaba a la cabeza del cortejo para que la Princesa tuviera tiempo de prepararse y recibir a su padre. De pronto el Hindú, con el objeto de hacerlos rabiar, y para vengarse del mal trato recibido, apareció sobre sus cabezas llevando su presa.

Cuando el Sultán avistó al Hindú, su sorpresa y su rabia se hicieron más intensas aún, pues estaba fuera de su poder castigar semejante acto atroz.



Tan sólo pudo lanzarle miles de maldiciones, al igual que los cortesanos que presenciaron tamaña insolencia. Pero la pena del Príncipe fue indescriptible al ver que el Hindú se llevaba a la Princesa a quien amaba tan apasionadamente. Melancólico y apesadumbrado caminó hacia el quiosco en donde por última vez viera a la Princesa. Allí, el Jefe de Guardia, enterado del engaño del Hindú, se arrojó a sus pies, y se condenó a darse muerte por su propia mano, como castigo por su fatal credulidad.


—Levántate —dijo el Príncipe—. No te maldigo a ti por la pérdida de mi Princesa, sino a mi falta de precaución. Apresúrate a traerme un hábito de viajero, y cuídate de no dar indicios de que es para mí.

Mientras tanto el Hindú, montado en su caballo encantado y con la Princesa a la grupa arribó a la capital del Reino de Cachemir. Decidió no entrar en la ciudad sino que se posó en un bosque, y dejó a la Princesa cerca a un riachuelo de agua dulce, mientras él iba en busca de comida. A su retorno, después de compartir el refrigerio, y puesto que ella se negaba a ser su esposa, comenzó a maltratarla.

Pero ocurrió que el Sultán de Cachemir y su corte pasaban por allí luego de una partida de caza, y al oír la voz de una mujer que pedía ayuda, acudieron. El Hindú preguntó con insolencia quién osaba entrometerse en sus asuntos, siendo ella su esposa. Pero la princesa replicó:

—Señor, quien quiera que sea el que ha enviado el cielo en mi ayuda, tenga compasión de mí. Soy una Princesa. Este Hindú es un mago perverso, que me ha separado a la fuerza del Príncipe de Persia, con quien iba a casarme, y me ha traído hasta aquí en ese caballo encantado.

La belleza de la Princesa, su aire majestuoso y sus lágrimas declaraban que ella decía la verdad. Justamente irritado ante la insolencia del Hindú, el



Sultán de Cachemir ordenó a sus guardas que le cortaran la cabeza, orden que fue cumplida de inmediato.

Al verse libre del Hindú, la alegría de la Princesa no tuvo límites; suponía que el Sultán de Cachemir la devolvería al Príncipe de Persia. Pronto, sin embargo, debió decepcionarse de sus esperanzas: su salvador había decidido casarse con ella al día siguiente. Para tal efecto promulgó un edicto ordenando el regocijo general de sus habitantes.

Al romper el día la Princesa se despertó y oyó tambores, trompetas, y explosiones de júbilo que recorrían el palacio, pero lejos estaba de adivinar su verdadera causa. Poco después, el Sultán vino a presentarle sus respetos y le explicó que todas las fiestas eran en honor de su matrimonio; luego le pidió su consentimiento. Al oírlo la Princesa se desmayó.

Las doncellas que estaban presentes corrieron a ayudarla, pero tardaron mucho en hacer que recobrarla la conciencia. Cuando la Princesa se recuperó, decidió que antes de casarse con el Sultán de Cachemir, se haría pasar por loca. Así pues, se puso a decir disparates y a hacer diabluras tales como lanzarse contra el Sultán; éste se alarmó tanto que envió por los médicos de la corte a ver si podían curarla. Cuando se dio cuenta de que ninguno lo lograba, envió a buscar los más famosos doctores del reino, quienes tampoco obtuvieron mejores resultados. Desesperado, pidió ayuda a los sultanes vecinos, ofreciendo generosas recompensas a quien pudiera curarla.

Médicos del mundo entero vinieron y lo ensayaron todo, pero ninguno obtuvo nada. Mientras tanto, el Príncipe de Persia, disfrazado de viajero, recorría ciudades y provincias averiguando por la Princesa perdida. Al cabo, en una ciudad del Indostán oyó hablar de una Princesa de Bengala que había enloquecido el día en que pretendían casarla con el Sultán de Cachemir. Convencido de que no podía tratarse sino de su Princesa de Bengala, se afanó

por llegar a la capital de Cachemir. Allí se enteró de la historia de la Princesa y del destino del mago hindú. Ahora el Príncipe no dudaba de que al fin había dado con el paradero del ansiado objeto de su larga búsqueda.

Disfrazado con un traje de médico se dirigió con audacia al Palacio y anunció su deseo de que se le permitiera intentar curar a la Princesa. Puesto que hacía ya mucho tiempo desde que el último médico se ofreciera, el Sultán había perdido toda esperanza. De modo que de inmediato pidió al médico presentarse ante él. Cuando lo tuvo al frente le comentó que la Princesa no podía soportar la presencia de médicos sin caer en el paroxismo más violento. Así que llevó al Príncipe a un lugar desde el cual, a través de un visillo, podía verla sin ser visto. Desde allí, el Príncipe contempló a su amada Princesa sumida en la más desesperada aflicción; las lágrimas rodaban de sus hermosos ojos, mientras entonaba una lastimera canción deplorando su infeliz destino. Al dejar el escondite, el Príncipe comentó al Sultán que estaba seguro de que la enfermedad de la Princesa no era incurable, pero que para poder ayudarla debía hablar con ella a solas.

El Sultán ordenó que la puerta de la cámara de la Princesa fuera abierta, y el Príncipe entró en ella. De inmediato la Princesa acudió a su vieja práctica de recibir a los médicos con amenazas e intentos de atacarlos. Pero el Príncipe se le acercó y le dijo en voz tan baja que sólo ella pudo oír:

–Princesa, no soy un médico, sino el Príncipe de Persia, y he venido a obtener tu libertad.

La Princesa, que conocía el sonido de su voz y que lo reconoció a pesar de que él se había dejado crecer mucho la barba, se calmó de inmediato, y se llenó de secreta alegría ante la inesperada visita del Príncipe que amaba. Cuando cada uno supo de la suerte del otro desde su separación, el Príncipe le preguntó si ella sabía qué había sido del caballo luego de la muerte del mago hindú. La princesa respondió que no lo sabía, pero que suponía que se lo guardaba como una curiosidad. El Príncipe le comentó que se proponía utilizar el caballo para volver con ella a Persia; y así planearon en común, como primer paso hacia su objetivo, que la Princesa al día siguiente debía recibir al Sultán.

En los días que siguieron el Sultán estuvo muy emocionado al advertir los avances en la curación de la Princesa, y consideraba al Príncipe como el más sabio médico del orbe. El Príncipe de Persia, quien acompañaba al Sultán en sus visitas a la Princesa, le preguntó cómo había llegado ella desde un país tan remoto al Reino de Cachemir.

El Sultán repitió la historia del mago hindú, añadiendo que el Caballo Encantado estaba guardado y a salvo, pues era para él una gran curiosidad a pesar de que no sabía cómo usarlo.



–Señor –replicó el falso médico–, esta información me proporciona un medio de curar a la Princesa. Cuando ella fue traída aquí en el Caballo Encantado, contrajo un encantamiento que sólo puede ser roto mediante cierto incienso que yo bien conozco. Haga que mañana traigan el caballo a la gran plaza del Palacio, y déjeme a mí el resto. Prometo mostrarle a usted y a toda la gente que allí se reúna, en pocos minutos, a la Princesa de Bengala completamente restablecida de cuerpo y alma. Pero para asegurar el éxito de lo que me propongo, la Princesa debe ir vestida de forma tan magnífica como sea posible, y adornada con las joyas más valiosas de su tesoro.

Todo lo cual el Sultán prometió ilusionado, pues él estaba dispuesto a sobrellevar incluso mayores dificultades con tal de asegurar su matrimonio.

Al día siguiente el Caballo Encantado fue llevado a la gran plaza del Palacio. Como el rumor de algo tan extraordinario se había difundido por todo el reino, las multitudes acudieron desde los lugares más remotos. El Sultán de Cachemir, acompañado de sus nobles y sus ministros de estado, ocupaba una galería erigida para el evento. La Princesa de Bengala, asistida por sus doncellas, llegó hasta el Caballo Encantado, y fue ayudada por ellas a montarse. El falso médico colocó alrededor del caballo varias urnas con carbón, a las cuales lanzó puñados de incienso; luego, se acercó tres veces al caballo, fingiendo decirle ciertas palabras mágicas. Una densa humareda rodeó a la Princesa, al punto que ni ella ni el caballo podían ser vistos. El Príncipe entonces se montó con rapidez y giró la clavija; el caballo se elevó con ellos por los aires, y el Sultán de Cachemir oyó con claridad estas palabras:

–¡Sultán de Cachemir, si desea desposar princesas que solicitan su protección, aprenda antes a lograr su consentimiento!

Así el Príncipe liberó a la Princesa de Bengala, y ese mismo día la llevó a la capital de Persia donde el Sultán, su padre, preparó de inmediato su matrimonio con la pompa y magnificencia debidas. Cuando los días señalados para el jubileo terminaron, el Sultán nombró y envió un embajador adonde el Rajá de Bengala para que pidiera su aprobación a la alianza contraída con este matrimonio; el Rajá de Bengala recibió la noticia como un honor, y asintió con gran placer.





Historia de Abdalá, el mendigo ciego

–Comendador de los Creyentes, nací en Bagdad. Quedé huérfano cuando era aún un muchacho, pues mis padres murieron con pocos días de diferencia uno de otro. Heredé de ellos una pequeña fortuna, y trabajé duro día y noche para aumentarla. Finalmente logré ser dueño de ochenta camellos que alquilaba a mercaderes ambulantes, a quienes muchas veces acompañaba en sus diversos viajes, y siempre regresaba con grandes ganancias.

Un día que volvía de Basora, a donde había llevado una carga de mercancías destinadas a la India, me detuve al mediodía en un lugar solitario que prometía abundantes pastos para mis camellos. Estaba descansando a la sombra de un árbol cuando llegó un derviche (monje entre los mahometanos) que iba a pie a Basora y se sentó a mi lado. Le pregunté, entonces, de dónde venía y a dónde se dirigía. Pronto nos hicimos amigos, y después de las preguntas habituales, sacamos la comida que llevábamos y calmamos el hambre.

Mientras comíamos, el derviche me dijo que en un lugar no lejos de donde estábamos sentados había un tesoro escondido, tan grande que aun si cargara mis ochenta camellos hasta que no pudieran llevar más, el escondrijo parecería tan lleno como si nunca hubiera sido tocado.

Al oír esta noticia, estuve a punto de volverme loco de alegría y codicia, y me arrojé al cuello del derviche exclamando:

–Buen derviche, veo claramente que las riquezas de este mundo no son nada para ti; así, ¿de qué te sirve el conocimiento de ese tesoro? Solo y a pie, no podrías llevarte más que un puñado. Pero dime dónde está, y yo cargaré mis ochenta camellos con él y te daré uno de ellos como muestra de mi gratitud.

Es cierto que mi oferta no sonaba muy generosa, pero era grandísima para mí, pues al oír las palabras de aquel hombre una oleada de codicia inundó mi alma, y sentí casi como si los setenta y nueve camellos que quedaban no fueran nada en comparación.

El derviche percibió claramente lo que estaba pasando en mi mente, pero no mostró lo que pensaba de mi propuesta.

–Hermano mío –contestó con toda tranquilidad–, sabes tan bien como yo que te comportas de manera injusta. Podía no haberte revelado mi secreto y guardar ese tesoro para mí. Pero el hecho de que te hubiera hablado de su existencia demuestra que confiaba en ti y que esperaba ganar tu gratitud para siempre al hacer tu fortuna y la mía. Antes de que te revele el secreto del tesoro, debes jurar que después de que carguemos los camellos con todo lo que puedan llevar, me darás la mitad, y luego cada quien seguirá su camino. Creo que verás que esto es lo justo, pues si me otorgas cuarenta camellos, yo por mi parte te daré los medios para comprar mil más.

Obviamente, no podía negar que lo que el derviche decía era perfectamente razonable, pero a pesar de eso, la idea de que él fuera tan rico como yo era insostenible para mí. Sin embargo, no servía de nada discutir el asunto, y tenía que aceptar sus condiciones o lamentar hasta el final de mi vida la pérdida de una inmensa riqueza. De modo que reuní mis camellos y partimos juntos bajo la dirección del derviche. Después de caminar algún tiempo, llegamos a lo que parecía ser un valle, pero con una entrada tan estrecha que mis camellos solo podían pasar de uno en uno.



El pequeño valle, o espacio abierto, se encontraba encerrado entre dos montañas, cuyas laderas estaban formadas de riscos tan lisos que ningún humano podría escalarlos.

Cuando estuvimos exactamente en medio de las dos montañas, el derviche se detuvo.

–Haz que tus camellos se echen en este espacio abierto –dijo–, a fin de que podamos cargarlos con facilidad. Luego nos dirigiremos al sitio donde se encuentra el tesoro.

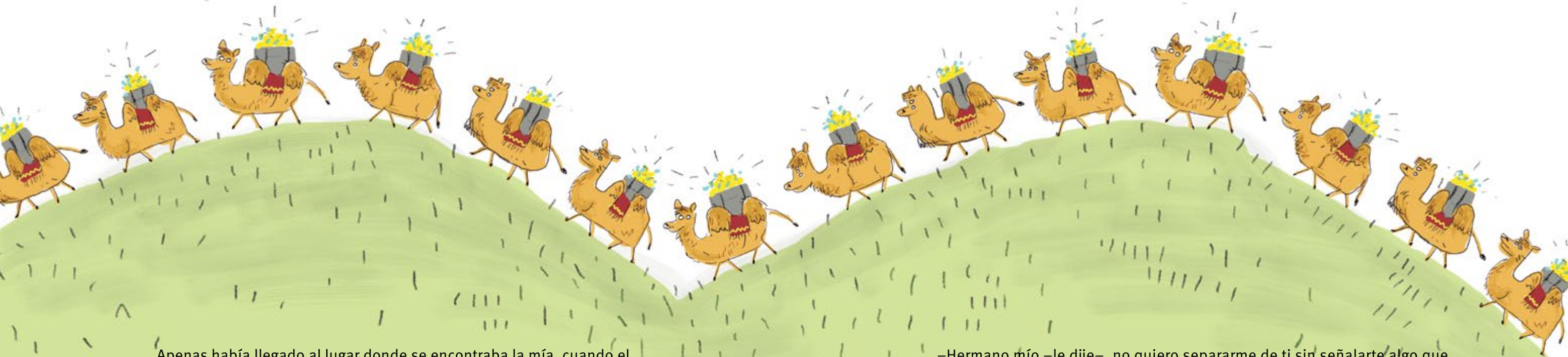
Hice lo que el derviche me pidió, y después fui a reunirme con él. Lo encontré tratando de encender fuego con un poco de madera seca. En cuanto se prendió, echó en él un puñado de perfumes y pronunció unas palabras que no entendí. Enseguida, una densa columna de humo se elevó en el aire. Separó el humo en dos columnas, y luego vi que una roca, que se erguía como un pilar entre las dos montañas, se abría lentamente y un espléndido palacio aparecía ante nuestros ojos.

Pero, Comendador de los Creyentes, el amor por el oro se había adueñado de mi corazón a tal punto, que ni siquiera pude detenerme a examinar las riquezas. Me abalancé sobre el primer montón de oro a mi alcance y empecé a meterlo en el saco que llevaba conmigo.

El derviche también se puso a trabajar, pero no tardé en darme cuenta de que se limitaba a recolectar piedras preciosas, y pensé que sería inteligente seguir su ejemplo. Finalmente, cargamos los camellos con todo lo que podían llevar, y ya no quedaba más que sellar el tesoro y marcharnos de allí.

No obstante, antes de hacerlo, el derviche se acercó a un gran jarrón de oro hermosamente grabado y sacó de él una cajita de madera, que escondió en la pechera de su túnica diciendo, simplemente, que contenía un tipo especial de pomada. Acto seguido, volvió a encender el fuego, le arrojó el perfume y murmuró el hechizo desconocido. La roca se cerró y volvió a su posición anterior.

El paso siguiente fue repartir los camellos y cargar el tesoro. Después de hacer esto, cada uno asumió el mando de su propia recua para salir del valle. Nos separamos al llegar al sitio en el camino alto en el que las rutas se bifurcan. El derviche se dirigía a Basora y yo a Bagdad. Nos abrazamos con cariño y le expresé profusamente mi gratitud por haberme hecho el honor de elegirme para aquella gran riqueza. Tras despedirnos con efusividad, nos dimos la espalda y corrimos hacia nuestras recuas de camellos.



Apenas había llegado al lugar donde se encontraba la mía, cuando el demonio de la envidia se apoderó de mi alma. “¿Qué quiere hacer el derviche con una riqueza como esa?”, me dije. “Solo él tiene el secreto del tesoro y puede siempre sacar cuanto le plazca”. Hice que mis camellos se detuvieran junto al camino y corrí tras él. Corría rápido, y no tardé mucho en alcanzarlo.

–Hermano mío –exclamé tan pronto como pude hablar–, casi en el momento mismo de nuestra despedida, se me vino a la mente un pensamiento que tal vez sea nuevo para ti. Tu oficio es el de derviche. Vives una vida muy tranquila, dedicado a hacer el bien y despreocupado de las cosas de este mundo. No te das cuenta de la carga que te impones al reunir en tus manos tanta riqueza, además del hecho de que una persona que no está acostumbrado a los camellos desde su nacimiento, jamás podrá llegar a controlar estas obstinadas bestias. Si eres inteligente, no querrás quedarte con más de treinta, y te darás cuenta de que esto ya te dará suficientes problemas.

–Tienes razón –contestó el derviche, que me entendía muy bien, pero no quiso discutir aquel asunto–. Confieso que no había pensado en ello. Escoge los diez que quieras y llévatelos.

Seleccioné diez de los mejores camellos y los conduje al camino para reunirlos con los que había dejado atrás. Había conseguido lo que quería, pero fue tan fácil persuadir al derviche que me arrepentí de no haberle pedido diez más. Miré hacia atrás. No había avanzado más que unos cuantos pasos, de modo que lo llamé.

–Hermano mío –le dije–, no quiero separarme de ti sin señalarte algo que creo que apenas entiendes: es necesaria una gran experiencia en la conducción de camellos para que una persona pueda mantener unida una recua de treinta. Por tu propio bien, estoy seguro de que estarías mucho más tranquilo si me confiaras diez más, ya que con mi práctica me da lo mismo llevar dos que llevar cien.

Al igual que antes, el derviche no puso traba alguna, y con júbilo me llevé mis diez camellos, dejándole veinte. Tenía ahora sesenta, y cualquiera habría imaginado que ya estaría satisfecho.

Pero Comendador de los Creyentes, hay un proverbio que dice: “Cuanto más se tiene, más se quiere”. Así me pasó a mí. No podía descansar mientras hubiera un solo camello en manos del derviche. De modo que tras volver junto a él, redoblé mis ruegos, mis abrazos y mis promesas de gratitud eterna, hasta que me dio los últimos veinte.

–Haz buen uso de ellos, hermano mío –me dijo el hombre santo–. Recuerda que a veces las riquezas tienen alas si las guardamos para nosotros, y que los pobres están a nuestras puertas expresamente para que podamos ayudarles.

Mis ojos estaban tan cegados por el oro, que no presté atención a su sabio consejo. En cambio, miré en derredor en busca de algo más que pudiera tomar. Recordé de repente la cajita de pomada que el derviche había escondido y que muy probablemente contenía un tesoro más precioso que todos los demás.

Dándole un último abrazo, comenté sin querer:

–¿Qué vas a hacer con esa cajita de pomada? No me parece que valga la pena que te la lleves. Deberías dejármela. Y en realidad, un derviche que ha renunciado al mundo no tiene necesidad de pomadas.

¡Ay, si hubiera al menos rechazado mi petición! Pero si lo hubiera hecho, yo se la habría arrebatado por la fuerza, tan grande era la locura que se había adueñado de mí. Sin embargo, lejos de rechazarla, el derviche me la ofreció, diciendo con dignidad:

–Tomála, amigo mío, y si hay algo más que yo pueda hacer para que seas feliz, solo házmelo saber.

Cuando tuve en mis manos la caja, abrí la tapa de un tirón.

–Ya que eres tan amable –empecé a decirle–, te ruego que me digas cuáles son las virtudes de esta pomada.

–Son muy curiosas e interesantes –respondió el derviche–. Si pones un poco en tu ojo izquierdo, verás en un instante todos los tesoros escondidos en las entrañas de la tierra. Pero ten cuidado de no tocar tu ojo derecho con ella, pues tu vista será destruida para siempre.

El derviche tomó la cajita que yo le tendía. Ordenándome cerrar el ojo izquierdo, lo tocó suavemente con la pomada.

Cuando volví a abrirlo, vi extenderse innumerables tesoros de todo tipo, como si estuvieran ante mí. Pero como durante todo aquel tiempo había estado obligado a mantener cerrado mi ojo derecho, lo que era muy agotador, le rogué al derviche que también pusiera un poco de pomada en ese ojo.

–Si insistes en ello, lo haré –contestó el derviche–, pero debes recordar lo que te dije hace un momento: si toca tu ojo derecho, quedarás ciego en el acto.

Lamentablemente, a pesar de haber comprobado la verdad de las palabras del derviche en tantas ocasiones, yo estaba firmemente convencido de que entonces me estaba ocultando alguna virtud oculta y preciosa de aquella pomada. De modo que hice oídos sordos a todo lo que dijo.

–Hermano mío –respondí sonriendo–, veo que estás bromeando.

No es lógico que la misma pomada tenga dos efectos tan exactamente opuestos.

–Sin embargo, es cierto –contestó el derviche–, y te convendría creer en mi palabra.

Pero no quise creerle y, deslumbrado por el apetito de la codicia, pensé que si un ojo podía mostrarme riquezas, el otro me enseñaría cómo tomar posesión de ellas. Yo seguí presionando al derviche para que me untara la pomada en el ojo derecho, pero este se negó firmemente a hacerlo.

–Tras haberte concedido tantos beneficios –dijo él–, estoy poco dispuesto a hacerte semejante mal. Piensa en lo que significa quedar ciego, y no me obligues a hacer algo de lo que te arrepentirás toda la vida.

Sus palabras no sirvieron de nada.

–Hermano mío –manifesté firmemente–. Te ruego que no digas nada más. Solo haz lo que te pido. Hasta ahora has satisfecho todos mis deseos, no estropees el recuerdo que tendré de ti por algo de tan poca trascendencia. Yo asumiré las consecuencias de lo que suceda, y nunca te reprocharé nada.

–Puesto que estás resuelto a hacerlo –contestó él con un suspiro–, no tiene sentido seguir hablando.

Tomó la pomada y me untó un poco en el ojo derecho, que yo tenía bien cerrado. Cuando intenté abrirlo, densas nubes de tinieblas flotaban ante mí. ¡Quedé tan ciego como ahora me ves!

–¡Miserable derviche! –grité–. ¡Entonces era verdad lo que decías después de todo! ¡En qué pozo sin fondo me ha hundido mi codicia de oro! ¡Ah, ahora que mis ojos se han cerrado, los he abierto de verdad! Sé que yo mismo he sido el causante de todas mis congojas. Pero tú, buen hermano, que eres tan amable y caritativo, y conoces los secretos de tan vasto saber, ¿no tienes nada que me devuelva la vista?

–Hombre infeliz –respondió el derviche–, no es mi culpa que esto te haya sucedido, pero es un castigo justo. La ceguera de tu corazón ha acarreado la de tu cuerpo. Sí, tengo secretos. Tú lo has visto en el corto tiempo que llevamos de conocernos. Pero no tengo ninguno que pueda devolverte la vista. Tú has demostrado ser indigno de las riquezas que se te concedieron. Ahora han pasado a mis manos, y de ellas pasarán a las de otros menos codiciosos y desagradecidos que tú.

El derviche no dijo nada más y me dejó allí, mudo de vergüenza y confusión, y tan desdichado que quedé petrificado en aquel lugar, mientras él reunía los ochenta camellos y proseguía su camino a Basora.

En vano le rogué que no me abandonara, que al menos me llevara a algún sitio que estuviera a mano de la primera caravana que pasara. Fue sordo a mis súplicas y gritos, y habría muerto de hambre y miseria si al día siguiente no hubieran llegado unos comerciantes que amablemente me llevaron de regreso a Bagdad.

En un instante dejé de ser un hombre rico y me convertí en mendigo. Hasta el día de hoy he vivido únicamente de las limosnas que me dan. Pero, para expiar el pecado de la avaricia, que fue mi perdición, obligo a todos los transeúntes a darme una bofetada.

Esta es mi historia, Comendador de los Creyentes.

Cuando el ciego terminó de hablar, el Califa se dirigió a él:

–Baba-Abdalá, tu pecado verdaderamente es grande, pero ya has sufrido lo suficiente. De ahora en adelante, haz tus penitencias en privado, pues yo me ocuparé de que todos los días recibas dinero suficiente para todas tus necesidades.

Al oír estas palabras, Baba-Abdalá se lanzó a los pies del Califa y oró para que el honor y la felicidad fueran parte de su fortuna por siempre.



Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO

Leer es mi cuento 1

De viva voz Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente floreentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

Don Quijote de la Mancha

Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

Romeo y Julieta

William Shakespeare
(versión de Charles y Mary Lamb).

Leer es mi cuento 15

El patito feo

Cuento de Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16

Meñique

Cuento de José Martí

Leer es mi cuento 17

Poesía en español

Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 18

Cuentos de la selva

Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19

Cuentos de

Las mil y una noches

Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 20

El diablo de la botella

Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Usted puede leer los libros digitales de esta serie en:
www.maguare.gov.co/leerescuento



Este libro reúne algunas historias de la tradición oriental que llegaron hasta nosotros hace ya mucho tiempo; sus páginas cuentan cómo viven, qué piensan, en qué creen, qué sueñan, seres que viven en el otro extremo de la tierra.

Las mil y Una noches, libro del que fueron sacadas estas historias, hace parte ya de nuestra cultura: Simbad el Marino, Alí Babá y los 40 ladrones, Aladino y su lámpara maravillosa, Historia del caballo encantado, regalaron horas de dicha a padres y abuelos; ahora queremos que también, al lado de los otros libros de *Leer es mi cuento*, llegue a muchos colombianos; y su lectura sea, otra vez, motivo de alegría y diversión para grandes y chicos.

Yaneth Giha
MINISTRA DE EDUCACIÓN

Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

 MINEDUCACIÓN

 MINCULTURA



de cero
a Siempre
ATENCIÓN EDUCATIVA Y LA FORMACIÓN

